

# **En su vejez, un apóstol habla a sus hijitos**

1 Juan 2:12-28

Alexander Hume RULE

[biblicom.org](http://biblicom.org)

# Índice

<b>1 - Los padres</b> . . . . .	<b>4</b>
1.1 - La experiencia de la vida cristiana . . . . .	4
1.2 - Conocéis al que es desde el principio . . . . .	5
<b>2 - Los jóvenes (1 Juan 2:13-17)</b> . . . . .	<b>6</b>
2.1 - Habéis vencido al maligno . . . . .	6
2.2 - La Palabra de Dios permanece en vosotros . . . . .	6
2.3 - No améis al mundo . . . . .	8
2.4 - El mundo pasa . . . . .	9
<b>3 - Los hijitos (1 Juan 2:13, 18-27)</b> . . . . .	<b>10</b>
3.1 - Habéis conocido al Padre . . . . .	10
3.2 - Han surgido muchos anticristos . . . . .	10
3.3 - Tenéis la unción del Santo . . . . .	12
3.4 - ¡Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros! . . .	12

En estos versículos, el apóstol Juan se dirige a sus «hijos»: primero a todos juntos, luego a las tres clases en las cuales los divide: los «padres», los «jóvenes» y los «hijos» (o «niños»)[1]. Trata de lo que es común a todos, luego de lo que es particular a cada una de esas tres clases.

[1] N. del E: En el original griego, la palabra «hijos» utilizada en los versículos 12 y 28 es la misma y se dirige a todos los cristianos, mientras que en los versículos 13 y 18 la palabra «hijos» corresponde a «niños» que es el primer grado de madurez espiritual cuando el recién convertido entra en la familia de Dios.

«Os escribo a vosotros, hijos, porque vuestros **pecados os han sido perdonados por su nombre**» (v. 12). El apóstol no les escribe para que reciban el perdón, sino porque ya lo han recibido. Sus pecados pueden haber sido numerosos. Quizás tengan conciencia de que son pobres criaturas, débiles y falibles. Satanás procura hacerlos vacilar, acusarlos, condenarlos. Sin embargo, la palabra de Aquel que no puede mentir guarda sus almas en una paz sin nubes: «vuestros pecados os han sido perdonados».

«Perdonados por su nombre»: el nombre de Aquel que sufrió en la cruz, cuya sangre fue vertida por la abolición del pecado y quien venció para siempre al adversario de nuestras almas.

¿Hemos recibido todos el testimonio que Dios da en cuanto a ese nombre maravilloso? ¿Hemos creído todos en el nombre de Jesús?

En el versículo 13, el apóstol se dirige brevemente a cada una de las tres clases de los que ha llamado sus «hijos». Luego, en los versículos 14 a 17, se dirige otra vez a los «padres» y a los «jóvenes», más detenidamente a los segundos que a los primeros. Al fin, desde el versículo 18 al versículo 27, les habla muy extensamente a los «hijos».

## 1 - Los padres

### 1.1 - La experiencia de la vida cristiana

Los «padres» son los que han crecido en la verdad. Los «hijitos» (o «niñitos») son los que pertenecen a la familia de Dios desde hace poco tiempo. Los «jóvenes» son una clase intermedia. Tienen la fuerza de un adulto, y ya no son niñitos fluctuantes, expuestos a ser «llevados por doquiera de todo viento de doctrina» (Efe. 4:14). Sin embargo, no han alcanzado aún el conocimiento experimental de la vanidad de todas las cosas fuera de Cristo. En cambio, los «padres» tienen experiencia y, como Salomón (véase Ecl. 1:2-3), han inscrito la palabra «vanidad» sobre todo lo que está debajo del sol. Han aprendido a conocer a Cristo como su solo e inalterable bien. «Os escribo a vosotros, padres, porque **conocéis** al que es desde el principio».

Los padres, pues, son mencionados dos veces, en los versículos 13 y 14, pero el mensaje es el mismo. Es muy notable. No hay nada en ellos que provoque una advertencia particular, nada nuevo ni más profundo que presentarles, nada que no posean ya. Tienen a Cristo, el que «es desde el principio», y eso es suficiente. Cristo es su todo. Lo conocen como la suma de sus bendiciones, su parte permanente y eterna.

Saben lo que es la **carne** y sus obras, el **mundo** y sus distracciones; y han juzgado a los dos como cosas sin valor y fundamentalmente malas. No es el hecho de una sencilla enseñanza, sino que lo han aprendido por experiencia. La prueba de lo que es la carne ha sido hecha en su vida. Saben que ella no soporta depender de Dios. Han aprendido que el juicio de Dios sobre ella en la cruz, en la muerte de Cristo, es el único remedio para esta situación.

Saben que lo mismo ocurre con el mundo, que es enemigo de Dios al igual que la carne y que también fue juzgado moralmente en la cruz. Para los padres, el mundo es solamente la escena en la cual la carne prospera, el elemento que le conviene a su naturaleza y a sus deseos. Lo conocen como un sistema malo, alejado de Dios y gobernado por la voluntad y el poder de Satanás. Para ellos, es una escena juzgada de forma práctica, en la cual no tienen parte ni tampoco herencia. Han sido librados de ella por la muerte y la resurrección de Cristo. En su vida y en su modo de existencia, no pertenecen a este mundo y no tienen ningún deseo de volverse hacia él.

Sin embargo, se trata de una experiencia adquirida en relación con la persona de Cristo: fuera de Él, estas cosas no pueden ser realmente aprendidas. Y ¿cuál es el

resultado de esta experiencia? Un **Cristo conocido** como el único objeto digno de llenar el corazón. Si todo lo demás llegara a faltar, Cristo sigue siendo el mismo, el que es fiel y que no cambia, «el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (Hebr. 13:8). Permanecerá inmutable durante toda la eternidad, dando al alma plena satisfacción, cuando la experiencia será cosa del pasado y cuando la carne y el mundo ya no existirán.

## 1.2 - Conocéis al que es desde el principio

Este Señor muy amado es a quien los padres **conocen**. Quedó demostrado que él es el único en quien se pueden confiar siempre. En sus diversas experiencias y pruebas, lo han hallado fiel. Cada vez que la necesidad se hacía presente, Cristo fue su socorro. Era su gozo en la tristeza, su fuerza en la debilidad, su apoyo en la adversidad, su infalible recurso en todo tiempo. Le seguían y le servían; andaban con él, en comunión con él. Le conocían, no solamente de oídas, sino en una relación íntima y personal. De él gozaremos durante la eternidad, en la gloria, con absoluta plenitud. Sin embargo, podemos conocer algo parecido hoy en día, aunque estemos estorbados y limitados. Ahora vemos por un espejo, «mas entonces veremos cara a cara». Ahora conocemos en parte; pero entonces conoceremos como fuimos conocidos (1 Cor. 13:12). Entonces no habrá ataduras, ni límites, nada para esconder o empañar la visión gloriosa que estará colocada frente a nosotros. Cristo será visto en su esplendor. ¡Qué felicidad!

Sin embargo, aun hoy en día, aunque no sea con el mismo resplandor ni en la misma plenitud, porque estamos en cuerpos débiles, Jesús se revela a nosotros a través de nuestras diversas experiencias. Llegamos a conocerle como podemos conocer a un amigo, no solamente como a aquel que nos salvó de la ira y del juicio divino, sino como a aquel que está siempre con nosotros, quien nos lleva en su corazón, nos sostiene, nos anima, nos bendice y dirige nuestros afectos hacia él. Nos damos cuenta de la plenitud de su gracia que viene al encuentro de todas nuestras necesidades. Descubrimos las bellezas variadas, las glorias y las perfecciones de su persona; y su amor inmutable y eterno llena nuestros corazones y satisface los afectos que él mismo ha despertado.

¡Señor de gloria, en quien el Padre halla infinitas delicias, permítenos conocerte siempre más y mejor!

## 2 - Los jóvenes (1 Juan 2:13-17)

Después de haberse dirigido a los «padres», el apóstol se vuelve hacia los «jóvenes»: «Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al maligno» (v. 13). En el segundo mensaje que les dirige (v. 14-17), el apóstol menciona el secreto de su fuerza –la Palabra de Dios– y les advierte en cuanto al mundo. Amar al mundo y amar al Padre son dos cosas incompatibles. «Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre».

### 2.1 - Habéis vencido al maligno

Esto es lo que caracteriza primeramente a los jóvenes, y el apóstol lo repite en el versículo 14. La energía de la vida divina está en ellos; y en los combates que sostuvieron contra el enemigo obtuvieron la victoria. No significa que la lucha haya terminado ni que todo peligro esté alejado, sino que han hecho la experiencia en el combate de una fuerza superior a la del enemigo. Si tienen un poderoso enemigo, conocen y poseen una fuerza mayor que la suya y pueden utilizarla para hacerle huir. Satanás, que domina sobre las tinieblas de este mundo y que es el gran enemigo del pueblo de Dios, no puede hacer frente a estos jóvenes. Esto es un hecho maravilloso que bien puede llenarnos de denuedo y de valor.

### 2.2 - La Palabra de Dios permanece en vosotros

La vida divina guiada por la Palabra de Dios, ¡he aquí el secreto de la fuerza de los «jóvenes»! «Sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno». En *Efesios 6*, donde se trata de nuestra lucha contra huestes espirituales de maldad, el apóstol Pablo dice: «fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza» (v. 10). ¡En esto hallamos la fuerza para el combate! En nosotros mismos no hallamos ninguna.

Cristo es la vida del creyente, y esta vida está dirigida por la Palabra de Dios. En presencia de esta realidad, Satanás no tiene ningún poder. Cuando Satanás encuentra a Cristo en el creyente, encuentra a aquel que ya lo venció y quien destruyó su poder. Por medio de su muerte, Cristo destruyó al que tenía el imperio de la muerte (*Hebr. 2:14*). Satanás desplegó toda su maldad contra Cristo en la cruz, pero Cristo resucitó de entre los muertos, en el poder de una vida a la cual Satanás no puede

tocar. La resurrección proclama la victoria completa y eterna de Cristo. Satanás bien sabe que es un **enemigo vencido** y que a su debido tiempo será lanzado al lago de fuego. Por esta razón, si estamos revestidos del poder de Cristo y que encontramos a Satanás, no puede más que huir: «Resistid al diablo, y huirá de vosotros» ([Sant. 4:7](#)).

Cristo ganó la victoria personalmente contra Satanás, y lo hizo para nuestra liberación. Participó de carne y de sangre, «para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre» ([Hebr. 2:14-15](#)). El creyente, pues, está librado de la condición de esclavitud y del sentimiento de temor en los cuales había estado sumido por el pecado y por el poder de Satanás. De hecho, todo lo que Satanás podía utilizar para aterrorizar su conciencia ha sido barrido por la muerte de Cristo.

Sin embargo, esto no lo es todo. El creyente es hecho partícipe de la naturaleza divina. Posee la vida divina; y esta vida, Satanás no puede tocarla. «Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca» ([1 Juan 5:18](#)). Si la Palabra de Dios permanece en nosotros y dirige la vida implantada por Dios, Cristo es el objeto que llena nuestros corazones y forma nuestros deseos. La Palabra modela nuestro corazón, lo llena de Cristo. Así, Pablo puede decir: «Para mí el vivir es Cristo» ([Fil. 1:21](#)). Y si es así ¿qué puede hallar Satanás en nosotros?, ¿qué puede hacer? Está en presencia del que ya lo venció, y no puede más que huir.

¡Qué bendición, en efecto «permanecer en él» ([1 Juan 2:28](#)) y tener la Palabra de Dios permaneciendo en nosotros! (v. 14). Así es como siempre podremos vencer al maligno. El poder de Satanás fue vencido en la cruz, pero tiene muchas asechanzas y hemos de permanecer firmes contra estas. «No ignoramos sus maquinaciones», como les decía el apóstol Pablo a los corintios; por eso necesitamos vigilar «para que Satanás no gane ventaja alguna sobre nosotros» ([2 Cor. 2:11](#)).

La Palabra de Dios que permanece en nosotros, ¡he aquí nuestra seguridad! Ella es la que forma nuestro corazón según el modelo que tenemos en Cristo. Ella dirige los movimientos de la vida divina en nuestra alma. También se convierte en la espada del Espíritu para el soldado de Cristo, y lo hace ser capaz de rechazar los asaltos del maligno. La Palabra de Dios es la que tiene el poder de sobreedificar y darnos herencia con todos los santificados ([Hec. 20:32](#)).

## 2.3 - No améis al mundo

Luego tenemos una advertencia respecto del mundo: «No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él» (v. 15). Es una palabra solemne. El amor al mundo y el amor del Padre se oponen en todo.

El mundo dio muerte al Hijo de Dios; es lo que reveló su estado de enemistad profunda contra Dios. Sin embargo, Dios resucitó a Cristo de entre los muertos y lo coronó de gloria y de honra a su diestra; luego vino el Espíritu Santo como testigo de su resurrección y de su exaltación. Sin embargo, el mundo sigue rechazándolo.

Cristo no es de este mundo. Y «todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo» (v. 16). Existe el mayor contraste entre lo que proviene «del Padre» y lo que proviene «del mundo». Cristo proviene «del Padre» y el mundo lo ha odiado y echado fuera. No podemos cerrar los ojos ante el hecho de que nuestro Señor es rechazado por este mundo, aún hoy en día.

El mundo pronunció la sentencia en virtud de la cual Jesús fue entregado a la muerte y clavado en la cruz como un malhechor. ¿Intentaremos disculparnos diciendo que este hecho fue cometido por los judíos y Pilato? De hecho, el mundo nunca se arrepintió de este horrible pecado. Desde hace unos dos mil años, Dios ha suplicado a los hombres que se arrepientan, pero el mundo permanece en el mismo estado de enemistad. Por la gracia de Dios, individuos se arrepintieron y fueron reconciliados con Dios, sin embargo, el mundo sigue su carrera, dirigido por el «príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia» (Efe. 2:2). El mundo es culpable de la sangre de Jesús y, no obstante, va adelante, buscando cómo divertirse, como si nada hubiera pasado. Persecución de las riquezas, búsqueda de la gloria, mil clases de diversiones y de placeres, he aquí los medios que Satanás utiliza para seducir a sus víctimas.

Creyentes, ¿nos colocamos prácticamente fuera de tal escena? ¿Hemos hallado en Jesús a aquel que llena y satisface nuestro corazón, de tal manera que para nosotros el mundo haya perdido todo su atractivo? ¿Dónde están nuestros afectos? ¿Están con Cristo en la gloria o con el mundo que lo ha crucificado?

El amor al mundo es un verdadero peligro al cual están expuestos los jóvenes. Precisamente respecto a esto están advertidos aquí. En nosotros, en nuestra carne, está lo que responde al mundo. Y nada más que la Palabra de Dios permaneciendo en



nosotros, y guardándonos en comunión con Cristo, puede preservarnos de sus seducciones. El apóstol Pablo debe decir de alguien que ha trabajado con él: «Demas me ha desamparado, amando este mundo» (2 Tim. 4:10). «¡El que piensa estar firme, mire que no caiga!» (1 Cor. 10:12). La presencia de un apóstol no era suficiente para guardar a Demas. Solo en Cristo es donde se halla la fuerza. Si permanecemos en él y su Palabra permanece en nosotros, estaremos seguros.

## 2.4 - El mundo pasa

Pedro nos habla, no solamente del juicio de los malos, sino también de la disolución de los cielos y de la tierra. El mundo antiguo pereció por el agua en los días de Noé, «pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos... Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas» (2 Pe. 3:7, 10). Ahí tenemos la estimación divina del mundo. Está corrompido moralmente, por eso está condenado. Cualquiera que sean sus atractivos y encantos, sus afirmaciones prometedoras acerca del bien, Satanás está detrás de todo, con sus encantamientos, para seducir a sus víctimas y hacer de ellas sus esclavos. «El mundo entero está bajo el maligno» (1 Juan 5:19).

¡Que el Señor nos guarde de escuchar la voz del seductor! Mantengámonos muy cerca de Cristo; Satanás no tendrá ningún poder sobre nosotros. Esta es nuestra seguridad. Si nuestros corazones están llenos de Cristo y si la Palabra de Dios permanece en nosotros, formando nuestros corazones y gobernando nuestros sentimientos, Satanás se mantendrá lejos, con todas sus seducciones. Así era para Cristo. Satanás no halló nada en él más que la Palabra de Dios, la espada del Espíritu. Tres veces tuvo que sentir el filo de esta hoja, cuando el Señor le contestó: «Escrito está». ¡Ay! Demasiadas veces halla en nosotros otra cosa: los deseos de la carne, los deseos de los ojos o la vanagloria de la vida. Entonces sucede que nos convertimos en víctimas de sus seducciones, y hemos de aprender, a través de amargas experiencias, lo que es el mundo y qué locura es concederle un lugar en nuestros corazones.

¡Que la Palabra de Dios, morando en nosotros, sea nuestra salvaguardia! Esta palabra por la cual hemos nacido de nuevo y por la cual hacemos la voluntad de Dios. Ahora bien, «el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre» (1 Juan 2:17).

## 3 - Los hijitos (1 Juan 2:13, 18-27)

### 3.1 - Habéis conocido al Padre

«Os escribo a vosotros, hijitos, porque habéis conocido al Padre» (v. 13). Los hijitos, puede que no hayan aprendido, como los padres, lo que es la vanidad del mundo, y que Cristo es todo. Puede que no hayan conocido, como los jóvenes, la lucha contra el maligno; sin embargo, conocen al Padre.

Los hijitos tienen esto en común con todos los creyentes: que poseen el perdón de sus pecados (v. 12). Pero conocen más que eso: también tienen el gozo de la relación en la cual han sido introducidos. Son hijos de Dios y tienen al Espíritu de adopción en sus corazones, por el cual clamamos: «¡Abba, Padre!» (Rom. 8:15).

Esto no es algo que hay que esforzarse en alcanzar, ni que se adquiere después de años de experiencia cristiana. No, es verdaderamente el punto de partida del cristianismo. El más joven de los hijitos en Cristo tiene la seguridad del perdón de sus pecados, posee el Espíritu Santo y conoce al Padre.

Cristo, después de haber cumplido la obra de redención, subió al Padre y mandó al Espíritu Santo para vivir con los creyentes y en cada uno de ellos. El Espíritu está en ellos para hacerlos conscientes de su posición celestial y de su relación con un Cristo glorificado. Los hijitos están en esta posición y poseen esta relación. Están en Cristo y poseen el Espíritu Santo como poder y como fuente divina de toda inteligencia espiritual (véase 1 Juan 2:20, 27). En esto, no hay diferencia entre un hijito y un padre.

### 3.2 - Han surgido muchos anticristos

Hemos visto que el gran peligro al cual están expuestos los jóvenes, son las seducciones del mundo. Ahora bien, este no es el peligro particular de los hijitos. Aquel que acaba de ser «librado de la potestad de las tinieblas y trasladado al reino» del Hijo de Dios (Col. 1:13) se ocupa poco del mundo. Cuando los hijos de Israel se hallaban en la ribera del mar Rojo que acababan de atravesar, y que veían a sus enemigos hundidos bajo sus olas, no se hubieran dejado fácilmente convencer de volver al país donde habían sido esclavos. Pero cuando olvidaron el rigor de esa cruel esclavitud, y se cansaron de la travesía del desierto, entonces desearon «el pescado... los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos» de Egipto

(Núm. 11:5), ¡y hubieran estado listos para volver allá!

Sucede lo mismo hoy en día. Aquel que ha gemido bajo la tiranía de Satanás, cuando está librado de la esclavitud por el poder de Dios, aprecia mucho la dulzura de la libertad y no desea volver en seguida al mundo. En ese momento, su corazón desborda de alabanza a Dios, y el mundo ya no tiene atractivo alguno para él.

Sin embargo, lo mismo que los jóvenes, los hijitos están expuestos a un peligro especial. La particularidad de un hijito es la facilidad con la cual recibe lo que se le dice. Sucede lo mismo para los hijitos en Cristo. Son sencillos en su manera de recibir la verdad y ávidos de crecer en conocimiento. Ahora bien, el Enemigo utiliza esto para seducirlos y llevarlos lejos de Cristo. El gran peligro que les amenaza es estar seducidos por los falsos maestros. Satanás seduce a los jóvenes por medio del mundo, a los hijitos por medio de los anticristos.

«Hijitos, ya es el último tiempo; y según vosotros oísteis que el anticristo viene, así ahora han surgido muchos anticristos; por esto conocemos que es el último tiempo» (v. 18). Está el Anticristo y están también los anticristos. El Anticristo vendrá según la palabra de Jesús: «Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en su propio nombre, a ese recibiréis» (Juan 5:43). Cuando venga, se presentará como el Mesías, hasta que haya seducido a sus víctimas. Desde el principio es mentiroso, negando que Jesús es el Cristo, luego niega al Padre y al Hijo (1 Juan 2:22). Vendrá con un terrible poder satánico, por el cual cegará a los hombres, llevándolos a la apostasía y a la rebelión contra Dios. Él mismo se levantará «contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto» y se sentará «en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios» (2 Tes. 2:4). Tendrá su poder de Satanás, de manera que su venida será «con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden» (v. 9-10).

Los hijitos habían oído que el Anticristo debía venir; pero el apóstol Juan quería que supieran que un peligro de la misma naturaleza les acechaba: un poder seductor de Satanás que llevaba a los hombres a la apostasía. «Así ahora han surgido muchos anticristos; por esto conocemos que es el último tiempo». Su presencia traía la prueba de que ya era la última hora. La cristiandad ya había fallado. Espíritus seductores conducían a los hombres a la apostasía. Este estado predominará al fin bajo la influencia del hombre de pecado cuando la apostasía general llame el juicio de Dios sobre los judíos y la cristiandad, ambos apóstatas. Pero ya habían salido anticristos de entre los cristianos, sin haber sido nunca verdaderos creyentes, sino, hubieran permanecido con ellos. Negaban que Jesús fuera el Cristo, como lo hará el Anti-

cristo, y por eso el apóstol los llama «anticristos». Podían no negar abiertamente al Padre, pero al negar a Cristo, de hecho, negaban también al Padre.

### 3.3 - Tenéis la unción del Santo

No significa que no necesiten enseñanza, puesto que por la carta que les dirige, el apóstol los enseña cuidadosamente. Pero no necesitan enseñanza humana. El Espíritu Santo los enseña y los fortalece frente a la falsa doctrina. Dios puede utilizar un instrumento, pero la enseñanza tiene que ser de Dios. El Espíritu Santo obra al mismo tiempo en el instrumento y en el que está enseñado. «La unción misma os **enseña** todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira» (v. 27). Por medio del Santo Espíritu, la enseñanza es dada y recibida. El Espíritu permanece en los hijos; es verdad y no mentira. Así, los hijos pueden discernir la verdad y detectar lo que es falso. Por muy débiles que sean, el Espíritu Santo puede guardarlos de las seducciones del Enemigo.

### 3.4 - ¡Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros!

Sin embargo, todo esto corre parejo con otro principio muy importante: el apego a la verdad ya recibida, la que concierne a la persona de Cristo. «Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre» (v. 24).

Al recibir la verdad, hemos recibido a Cristo, el Hijo de Dios, porque él es la verdad. Es lo que estaba desde el principio. Si esto permanece en nosotros, permaneceremos en el Hijo y en el Padre. Estaremos en una dependencia viva y constante de Cristo, apegándonos a él como nuestra vida, y como la suma de toda verdad y de toda bendición. El Espíritu Santo –la unción que recibimos– es el poder de esta vida. Está estrechamente ligado a la verdad en nuestras almas y se opone en seguida a cualquiera mentira que busque penetrar allí. En esto reside la seguridad de los hijos respecto de las falsas enseñanzas. Hemos de apegarnos a Cristo y estar atentos a las enseñanzas del Espíritu Santo quien, estando unido a la verdad en nosotros, resiste a todo lo que no es la verdad.

¡Que el Señor nos guarde, en estos últimos días en los cuales el error bajo todas sus

formas se despliega en plena luz!